

LA INVESTIGACION HISTORICA EN COLOMBIA

Escribe: JUAN FRIEDE

Se ha preguntado a veces qué interés podría tener la antropología en las investigaciones históricas, ante el hecho de que muchos pueblos aborígenes carecían de métodos historiográficos, ora pictográficos, ora orales, para conservar la memoria de su pasado. Lo último es el caso general de las tribus que habitaban o habitan la actual Colombia.

Sin embargo, la importancia de las investigaciones antropológicas —aunque no fueran exhaustivas— radica en el hecho de que arraigan la historia de los actuales pueblos americanos en el remoto pasado y, por consiguiente, cambian la perspectiva y los planteamientos históricos. Demuestran el error en que incurren aquellos historiadores que se aferran todavía —consciente o inconscientemente— en la idea de que América comenzó su trayectoria histórica en 1492 y olvidan que la invasión española fue tan solo un incidente dentro de la milenaria historia de este continente. Simultáneamente subrayan la falacia de aquella teoría que hace coincidir el nacimiento de las actuales nacionalidades con las guerras de la Independencia, despreocupándose incluso de la historia colonial.

Es cierto que el estudio de la antropología por su aspecto histórico es difícil. En Colombia no se han conservado los elementos de juicio como sucedió, por ejemplo, en México o el Perú que permiten conocer la historia de los aztecas, mayas o incas. Sin embargo, tampoco se han hecho esfuerzos en este sentido. Solo pocos antropólogos colombianos han abandonado lo que podría llamarse el “corte horizontal”, descriptivo, de una tribu existente o desaparecida, sin tratar de descubrir su evolución.

Dentro de los estudios antropológicos generales, es la etno-historia la que ocupa un lugar preferente en lo que se refiere a la investigación histórica. Es aquella rama de la antropología que se dedica a la evolución de las tribus americanas durante las épocas precolonial y colonial. Su indagación demuestra la tergiversación de la realidad del pasado en que incurren aquellos historiadores que solo estudian la “historia blanca”. El elemento indígena jugó un papel preponderante en la formación de las nacionalidades actuales y dejó un abundante documental en los archivos para investigar su intensa —y trágica— historia. La historia indígena es, pues, un complemento indispensable para conocer la verdadera trayectoria de una nación.

La despreocupación por la antropología y etno-historia es solo uno de los defectos de la investigación histórica en Colombia. Muy grave a mi modo de ver es también otro de sus aspectos. La historiografía colombiana se cultiva todavía dentro de un pequeño grupo de intelectuales que se ocupan de esa disciplina a veces por tradiciones familiares y otras por conveniencias políticas o ideológicas. Se trata en su caso, antes que todo, de la *interpretación* de los hechos —a veces incluso insuficientemente estudiados— con el fin de confirmar tal o cual postura ideológica y no de una severa y reposada investigación. Para lograr este fin se echa mano a la tradicional “historia heroica” la cual se presta más a esta clase de interpretaciones. Se exagera la importancia del “héroe”, se recarga la narración con detalles íntimos que no guardan relación directa con el papel histórico del héroe; y ya que las actuaciones individuales son de suyo autónomas, no sujetas aparentemente a ninguna ley ni regla, se las explica con motivos arbitrarios acomodaticios a tal o cual teoría o ideología.

De ahí que haya mucha improvisación en la historiografía colombiana y obras que por su estilo y planteamiento pertenecen más bien al género literario que al histórico.

De otra parte, la limitación de los estudios históricos a un pequeño núcleo de intelectuales, a veces comprometidos en una u otra forma por el linaje, ideología, partido político o clase social a que pertenecen, no permite que la historiografía colombiana se desarrolle como ciencia independiente, basada netamente sobre la investigación histórica. Pues la verdadera investigación necesita del esfuerzo —aunque no podrá ser perfecto— de la libertad precisamente de todos los atavismos que unen al historiador con cualquier idea preconcebida, y de registrar la realidad que se refleja en los documentos sin que importen las consecuencias sociales, políticas o económicas que el resultado de la investigación arroje. Tal independencia de criterio solo pueden cultivar historiadores profesionales, económicamente y, en cierto modo, espiritualmente independientes, que es cuando pueden vivir de los libros que publican o de las clases que dictan en las universidades y colegios. Lamentablemente, la posibilidad de que en Colombia se produzca tal situación, es bien remota.

Por otra parte en Colombia tampoco se ofrece a los estudiosos la posibilidad de adquirir la preparación necesaria. En ninguna universidad colombiana existe una Facultad de Historia o Institutos de Investigación Histórica como los hay en Chile, Argentina y otros países. La historia la hace cualquiera que tenga suficiente ocio o entradas económicas que se lo permitan. Las Academias de Historia, únicas instituciones que mal o bien se preocupan por la historia de Colombia, no pueden sustituir a los institutos de investigación ni a las facultades universitarias, así como la Academia de la Lengua no sustituye a los estudios lingüísticos. Su objeto natural e inherente es la *regulación* y no la investigación. Las disciplinas históricas tampoco pueden enseñarse con plenitud en las Facultades de Sociología o de Filosofía, pues aunque tengan afinidades con estas ciencias, no son idénticas a ellas.

Schopenhauer negaba a la historia el rango de ciencia, considerándola como la “consciencia” de un pueblo. Otros filósofos la consideran la

“memoria” de un pueblo. Sea como fuere el caso y sin dilucidar en este lugar sobre el carácter de la historia como disciplina científica, el pueblo que desconoce o se despreocupa por su historia, carece, de acuerdo con aquellos filósofos, o de la *consciencia*, es decir, del conocimiento de su verdadero ser, o de la *memoria*, es decir, desconoce las fallas y los aciertos de su propio pasado.

Como es obvio, tal situación produce en los pueblos que ignoran su trayectoria histórica o solo la conocen superficialmente, una especie de “complejo de inferioridad” ante las influencias o las acciones del exterior o ante los graves problemas que se presentan en su vida nacional. Creo que cualquier observador desapasionado puede fácilmente constatar que Colombia está en esta situación y lo estuvo no pocas veces en el pasado.

Es pues de lamentar sinceramente la incuria con que se miran las investigaciones históricas en nuestro país, el descuido en que están nuestros preciosos archivos históricos, la despreocupación por publicar las fuentes que permitan escudriñar el pasado, la escasa atención en dotar con obras históricas nuestras bibliotecas públicas y la carencia de becas para estudiantes que aspiran a especializarse en historia.

Es cierto que hay varias instituciones y personas particulares que generosamente apoyan las actividades culturales del país. Sin embargo, hay todavía pocos que ven la ineludible necesidad de fomentar las investigaciones históricas de manera práctica, con fundaciones, becas y publicaciones, a fin de complementar el panorama cultural del país, el cual no puede vivir plenamente el presente ni forjar racionalmente su futuro cuando faltan las enseñanzas de su pasado.